

Un bestiario ampliado

ADOLFO GARCÍA ORTEGA

Travesía

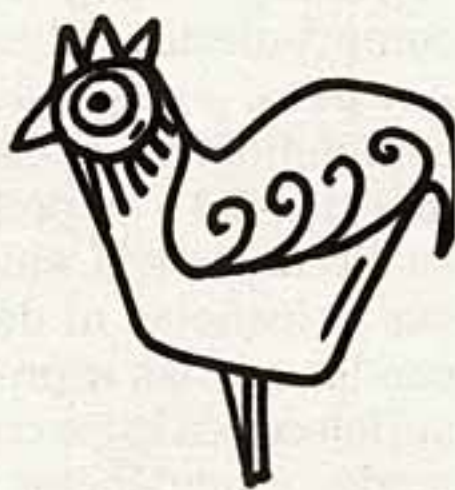
Pre-Textos. Valencia, 2000.

69 páginas, 1.850 pesetas.

ADOLFO García Ortega escribe *Travesía* como quien aprende a vivir sin aposentarse. Aprende, o bien acepta: vivir da pistas sobre su frágil condición. Por azar, los oasis físicos o metafísicos son más firmes que la memoria. Y también por azar se descubre la revelación contraidílica de la naturaleza. Este libro tiene la fuerza desoladora de ir incluyendo poemas sobre animales hasta el punto de erigir las páginas en una suerte de bestiario ampliado en el que la pasión humana es un capítulo más, sabiamente disuelto en una cosmología de lo cerrado, la trivialidad de un edén opaco donde sólo la brisa aviva la ruinoso arquitectura de la soledad o el corazón como un río cubierto de hielo. García Ortega llama brisa a la casualidad de sentirse pleno o de hallarle un contenido a la furia inocente de lo real.

La comprensión del mundo es racheada, reflejos en la maquinaria enferma de lo urbano, la música como una tiniebla blanca entonada por el horizonte.

Un paisaje no se basta a sí mismo, y ha de ser hilvanado por las voces como por una niebla a destiempo, «borroso cuerpo de la luz»



que da significado a «un pacto de caricias y veneno». El azar de las emisiones con que el día se ilumina o se adensa, acude al poeta en forma de interpretación. Las nubes invocan la sangre de los muertos y el miedo ilumina las calles. Los ríos son una médula y el amor es una ofrenda a la bahía. García Ortega asiste al diálogo entre lo fortuito del ámbito, natural o urbano, y nuestra peripecia. Nuestro viaje.

A esta travesía sin norma pero completa, turbia pero exacta, con sus bajadas de humos a la humano en la contemplación de la selva y sus protagonistas, la cebra, el hipopótamo, no le podía corresponder, en poesía, un cosmos verbal fijado a puerto indemne. La de García Ortega prefiere ser una poesía dañada, mecida por las ráfagas de miseria y absoluto no del puerto, sino del barco, el viaje, la travesía. Así, muchos de sus poemas, entre los que el amor desdobra su complejidad en el extrarradio de cualquier tópico, envalentan su música con la de quienes han cantado con entusiasmo lo que de por sí carece de entusiasmo: el canto traba lo que no tiene trabazón posible. *Travesía* es, por momentos, un repertorio hermano de las baladas de cuartel de Kipling; navega, en muchos otros, con el humor tácito y leve, entre Séneca y Laforgue, de quien surca el azar y sabe que sus dádivas, mediocres o extremas, dan sentido al viaje.

Álvaro García